

**UNA VOZ
QUE HABLE POR MÍ**

Raúl R. Sola

**UNA VOZ
QUE HABLE POR MÍ**

Ilustrado por Ewa Jaros

ESDR  JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **VORÁGINE**}

Primera edición, abril 2022

© Raúl R. Sola 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustraciones: Ewa Jaros

Música: Joel Carro

Fotografía de solapa: Dihue Miguens

Maquetación: Ana Pérez Gallego

Impresión: Gami

Espacio de creación: Can Rico (l'Ametlla del Vallés)

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 621-2022

ISBN: 978-84-125181-3-9

Impreso en España · Printed in Spain

A Myrtó Zarokosta y Paco Ruiz,
quienes abrieron los libros, miradas y caminos
que llevaron a estos poemas.

A los lugares invisibles
que me ayudaron a darles forma.

“se trata solamente de crear otra voz:
la voz ausente dentro de las cosas”

(Roberto Juarroz)

VUELTA A LA CIUDAD

VUELTA A LA CIUDAD

¿Seguirán las gaviotas, lejos del mar, jugando a ser el sol de los días grises, como confusos destellos de luz sobre las nubes, el ritmo desangelado de la urbe, la organización baldía de sus calles, la autarquía de los barrios pobres, la podredumbre de las zonas bienestantes que no entienden jamás que sus deseos se tuercen como el puñal que, en un giro de muñeca, convierte su empuñadora en punta? ¿Seguirán las casas ruinosas de la Falange, hoy tan lujosas, con sus fachadas humildes que no se dan sombra, que no secuestran el horizonte tras sus calles? ¿Seguirán los parques marrones, de pinos y matorrales, sobre todo, los parques que no son parque, que son montaña sin pavimento, sin pasamanos ni asientos, que si te caes te caes, que recuerdan muy de lejos a un campo lejos de allí? ¿Seguirá el salitre en las paredes de Varadero, desde el viejo puerto hasta los arcos de la plaza mayor, allá donde no alcanzó la última fiebre del oro, donde no manaba el zumo de los sedientos muertos de espíritu? ¿Seguirán la humedad y el polvo, coaligadas con el tráfico, dibujando su particular horror vacui, el rincón del solitario, entraña oculta con disfraz de megalómano, espalda de espigón, túnel bajo circunvalación, bosque periurbano que no quiere ser jardín y se rebela ante su fin utilitario? ¿Seguirán las dársenas ruidosas y prohibidas y nocturnas, y las terrazas en ruinas para que nadie las profane, y esos extraños animales bajando a beber de las ramblas, sin entender que es su cara la que refleja aquellas

aguas, sin concebir el espejo más que para peinarse, lavarse los dientes, aplicarse sus ungüentos, disfrazarse o hacer el amor? ¿Seguirán volviendo cada noche a ese espejo para observarse los dientes u ocasionalmente los pechos, el sexo, las ojeras bien marcadas los viernes y, no antes de entonces, reconocerse precisamente en aquello que no son? ¿Y el color favorito de los edificios, seguirá siendo el marrón quemado del ladrillo visto, y los balcones, blancos o negros, de piedra o de hierro, y las antenas altas, más altas, como si cansadas de ellas mismas necesitaran un pedazo de mar a la vista? ¿Y los perros, seguirán dando envidia los perros al montar una fiesta en una esquina o en un triste pedazo de tierra donde a lo mejor pasa un insecto? ¿Seguirán dando pena, más que los gatos que evitan todo umbral, más que las plantas de un hogar sin inquilinos? ¿Seguirán dando pena los perros ladrando al ojo de los patios, como una pobre reminiscencia de un aullido antepasado? ¿Seguirá la ciudad sobreviviendo al control de su artífice, que vive distraído, en la culpa o el orgullo, el devenir de su estirpe? ¿Seguirá este siendo incapaz de detener el bucle?

AL SALIR DEL TUNEL

Al salir del túnel miro la ciudad y veo un cofre de juguetes rotos, un collage de plegarias mal pronunciadas. Hay una suerte de naturaleza última que todo ser humano alcanza a ver y no olvida, cuando el cibernético toma conciencia de ser algo más que hojalata. Vivimos bajo el síndrome del miembro fantasma, desconectados de la matriz del nosotros, hundidos, cada vez más hundidos en ese yo irrisorio. Tal vez, por ello, los coches suben a las rondas, para correr los unos detrás de los otros; es claro que juegan a seguirse, desean acercarse, fundirse, aunque teman estrellarse. Vuelvo sobre mis pasos, por el túnel bajo la autovía, y los dos niños continúan pasándose el balón. Alcanzo la mitad del paso y el mendigo de color no se ha movido ni un palmo. Está tumbado en periódicos sobre el asfalto frío. Lleva tanto tiempo allí que las hojas se amontonan a su vera. Le miro y le sonrío por inercia. Se oyen los gritos del comentarista de un partido de fútbol que se juega encima. Vienen de un colegio con aspecto de castillo. A los niños y el mendigo no parece perturbarles. Gritan gol y otras banalidades, y ellos lo oyen, pero quizás no entiendan que exista. Salir del túnel es salir a una luz extraña, hecha de hojas secas en la cara y asfalto hervido. Vuelvo la mirada a la ciudad. Los coches pasan en frecuencias cortas, como las olas en un mar enojado.



LA DANZA DE LA IRREALIDAD

Cruzando el puente de la autovía, entrando en la ciudad, viene un rápido olor a hogar, a carne con ajillos y el sonido de fondo de una tele que nadie quiere encendida; pero es tan triste la casa sin ruido, es tan humillante su silencio de muebles viejos. ¿De quién es esta casa? No es mía. Tal vez de alguna persona-recuerdo o de algún recuerdo de persona. Si lo pienso, esta persona ya me está mirando y en sus ojos hay un anhelo cristalino de vida. Esta persona está muerta.

Hay veces que solo los parques infantiles salvan a la ciudad de su dolor de muelas; solo las ratas, al caminar sobre las vías, limpian de impurezas su molino de tartán.

Tirar la basura del bar es un acto delicado, lleno de posibles eufemismos: el cigarro, por ejemplo, en la punta de los dedos que sostienen la bolsa, nos avisa de la mentira del hombre que fuma y dice «soy yo quien elige».

Un autobús pasa, acercando todo lo verosímil: podría cogerlo porque pasa, pero no lo haré porque no me lleva a casa. Es tan estúpido el autobús. Los luminosos, en contra, nos evitan caer en el chantaje de la cuesta abajo. La calle tiene aún baldosas sin pisar, raíles que sabotear. El bar que hace esquina se recoge, no puede retener por más tiempo a su joven propietario chino; dentro, la cocina está lista, los fogones limpios, y el paquistaní puede gastar, por fin, un par de segundos en perder la mirada. Los barrenderos, enfundados en sus trajes fosforitos, se retiran, bromeando como un ejército de jóvenes limpiabotas.



Y en ese fugaz intervalo, la calle puede por fin abrazar su porquería. La danza de las servilletas comienza. A escasos centímetros del suelo, entre las mesas encadenadas del bar, servilletas nacidas aquel día se esquivan y deconstruyen, y lo hacen mostrando pliegues, arrugas, manchas que nadie nunca acertaría a copiar.

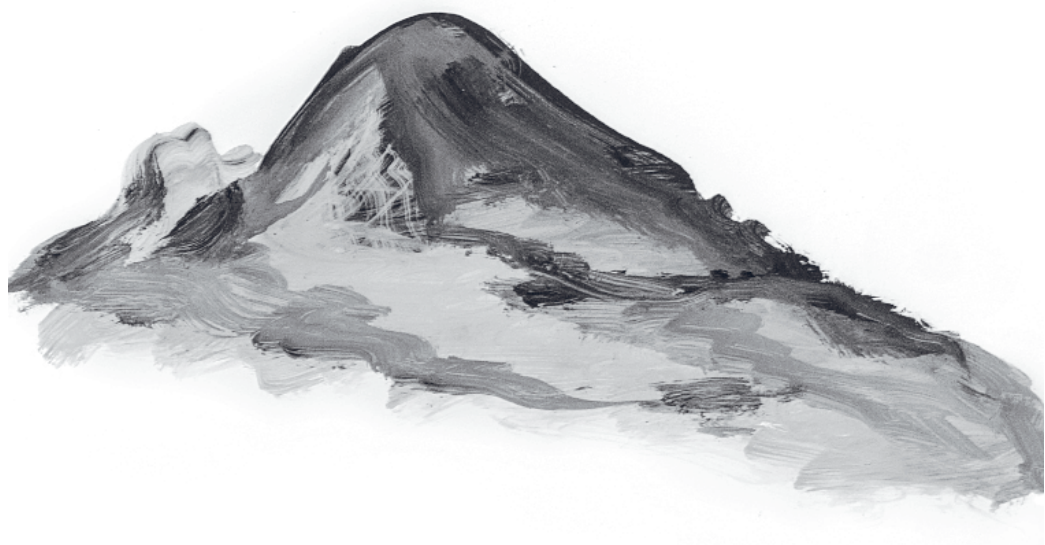
Nadie tiene tanta vida como ellas, ni ahora ni en unas horas; le costará al menos medio día a la ciudad arreglar coreografías tan bellas.

MARCHÉMONOS

Este finde, Agápemu, aquí hay más gente de la que uno puede soportar. Los autobuses tardan horas en cruzar la ciudad. Comienzan vacíos y en dos paradas andan ya llenos. Y hay niños que vuelven así del colegio, apelotonados entre sombras, contemplando más allá del humo y los cláxones cómo el sol cae tras algún tejado.

Ahora entiendo más que nunca el éxodo urbano, a Dimitrov cuando jugaba con la idea de comprar una parcela en el campo. Imagina cómo sería, Agápemu. Pasearíamos por el bosque y, al volver, simularíamos entrar en el terreno abriendo la cancela; lo simularíamos porque no habría vallas, Agápemu, tú no lo querrías. Sería un éxodo hacia el mar, siempre, hacia un campo cercano a la costa, con pueblos blancos y playas de piedra. Puestos a imaginar, la ciudad quedaría lejos y el progreso en retroceso. Una vida rudimentaria sería un alivio, por un tiempo al menos. Lo comprobé cruzando el estrecho. A Dimitrov también le seducía ese otro tiempo, donde todo es más sucio y más bruto, pero está más entero, más puro y sin complejos.

Ahora entiendo, sí: un viaje así es lo que era, en otro tiempo, peregrinar por algún santo, por un susurro en Delfos o una visión de San Pedro. Agápemu, marchémonos de este mundo de iconoclastas, más lejos aún, hacia el monte, donde solo haya paganos confesos y el agua pase y no se quede.



LOS TIEMPOS

FUTURO

¿Recuerdas cuando me mudé a la ciudad de tus cuentos y me perdía por tus calles, siguiendo los pasos de tu adolescencia? Éramos jóvenes, pero no tanto, conscientes, pero no tanto, la vida era un reguero de dudas y aciertos que iban solapándose por fin. Y en la costura de esas plazas, del barrio de anarcos a las casitas bajas, allá donde emigró una isla o donde perdió el futuro una generación, agarraba tu mano y la soltaba, esperaba tu voz para leer a la gente, la historia de sus rostros, las tradiciones ahogadas, hundidas en la marea de occidente. Te esperaba en casa, mirando en la ventana este instante, tocando este silencio lejos de allí. Aquí, cuando aún somos jóvenes, pero no tanto, conscientes, pero no tanto, de que el tiempo pasa como los cuentos, las ciudades...

Claro que me mudé. Acaso no recuerdas las noches de olor a libros de ceniza, las ágoras y catacumbas donde se decidía el peso del pasado, aquella casa de techos altos, de largos pasillos donde estudiar tus pasos, la ventana sobre nuestra almohada para tocar aquel resquicio donde, en tu cuento, llovía color.